

Así sí: Una sorprendente novela sobre La Habana

Por Antonio Enrique

Publicado en Diario Córdoba (España), 14 de mayo de 1998

Lo que distingue *El hombre, la hembra y el hambre* de la avalancha de últimas novelas sobre Cuba es muy fácil de resumir, aunque difícil de creer: magia expresiva. El lector español, poco acostumbrado a estos goces estilísticos, no tardará sin embargo en implicarse en una historia a la que Daína Chaviano presta un encanto genuino. La afirmación de que lo particular pasa a ser universal siempre que medie el talento, cuaja aquí de manera espléndida.

Esta magia verbal no se refiere al concepto acuñado por los grandes patriarcas de la narrativa latinoamericana. Aquí no hay imitación, y sí, por el contrario, una concepción novelística plena de vitalidad y ritmo, complicidad e intimidad, calor y simpatía. La palabra “encanto”, que acabo de emplear, no deja de ser una frivolidad. Pero no encuentro otra, y ya he tachado varias.

Para iniciarse en esta literatura torrencial y trepidante, o por mejor decir eléctrica, sería bueno hacerse a la idea de que esta escritora plantea su estilo en un nivel más arriba de la escala habitual del idioma. Surge así un ritmo tenso, premioso, sumamente agudo, que traducido a la palabra produce nitidez, fluidez, gracia. Hay exceso, claro está (el mismo título, un tanto trabalenguas), pero esta desmesura no sería tal si se percibiese que es la consecuencia lógica de su proporción interna: un huracán de ideas, una ebullición de ideas chispeantes: una inocencia en la manera espontánea (pero muy maliciosa, como se verá) de concebir el relato. Chaviano es rotunda, lúdica, un poco aparatosa (si se mide con el paradigma un tanto áspero de por aquí), pero sazona admirablemente y no deja un momento de respiro, esto es: escribe como quien baila.

La magia expresiva atiende, en consecuencia, a razones de su manera de contar, pero si lo que cuenta no fuese una “realidad trascendida” no habría por qué mencionarla: el estilo quedaría en mera pirotecnia. Hay una mujer y dos hombres, pero esto el lector lo descubre a su debido tiempo, porque lo que al principio se da es esos mismos dos hombres que aman por separado a dos mujeres bastantes



antagónicas: una, licenciada, y otra, prostituta. La circunstancia de que ambas mujeres tienden a quedarse arrobadas, traspuestas, confiere la sospecha de que es la misma persona. A su debido tiempo también, estos dos hombres –uno licenciado, el otro economista metido a carnicero: cosas de la Cuba del Comandante–, bastante amigos entre sí, descubrirán que la dama de sus confidencias respectivas es la misma mujer, algo excéntrica por poseer rasgos paranormales, pero mujer al fin y al cabo.

Lo demás es Cuba, La Habana y el hambre. Con dos apreciaciones, que creo de interés: no hay rencor ni resentimiento. La denuncia de las calamidades que puede infligir un solo hombre a millones de personas es firme, pero también ecuánime: diríamos tolerante con los disparates del autócrata, lo que bien mirado pone de manifiesto el abismo entre la dictadura y la cultura de ese pueblo: crítica más eficaz es imposible. Para algo sirven la sutileza y el ingenio, la persuasión en suma, rasgos más bien femeninos (estaba deseando decirlo)

Y la segunda: no hay mitología libresca de La Habana, una de las ciudades más sorprendentemente bellas del mundo, patrimonio de la Humanidad, etc. Nada de la solemnidad de Lezama, la suntuosidad de Carpentier o la nostalgia agridulce de Cabrera. Ellos lo hicieron y bien hecho está. Pero Chaviano va desde otro ángulo. Los guías de Claudia, esta mujer que a cada minuto cae en trance –una negraza llamada Muba, un indio, y un mestizo desalmado, Onolorio–, la sustraen, llevándosela a una Habana ancestral, tanto indigenista como colonial: va por una calle y, de pronto, es la calle anterior a la actual, mira un edificio y lo que ve es el precedente, y así. Estos recursos paranormales ofrecen un contrapunto que en ningún caso cansan.

Suavemente irónica, dulcemente mordaz, avasallante de atmósfera y fiebres tropicales que transparentan un estado permanente de lucidez, la presente novela tiene algo de sortilegio: la voluntad de que Cuba, cuando se libere a sí misma, no sea vista con prevención ni rechazo. El hambre lo devora todo en su monumental autofagia. Todo menos el humor y el amor, menos la memoria. La Habana lo lleva en sus genes. ¿Qué son cuarenta años en tantos siglos?

